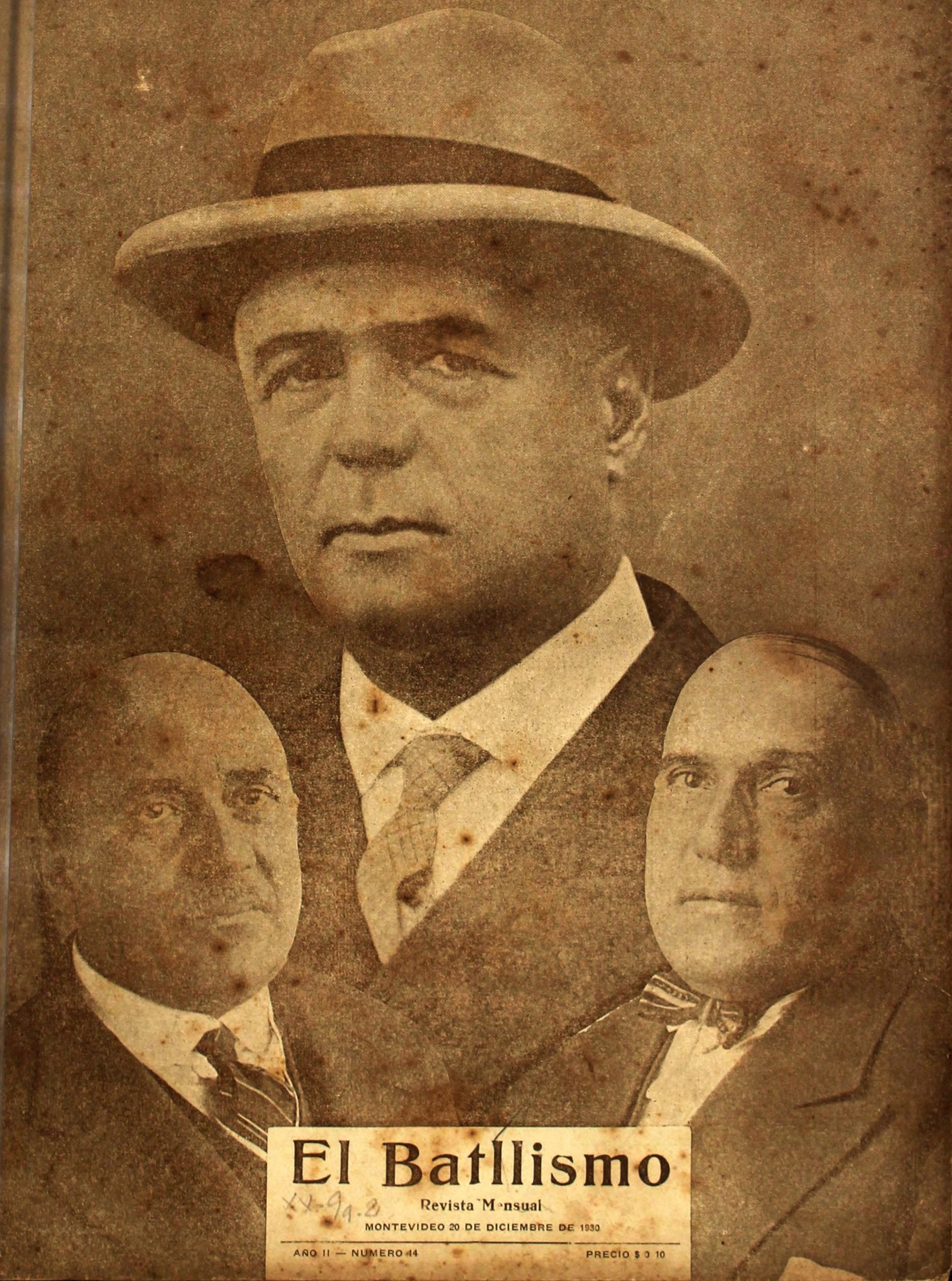




El Batllismo

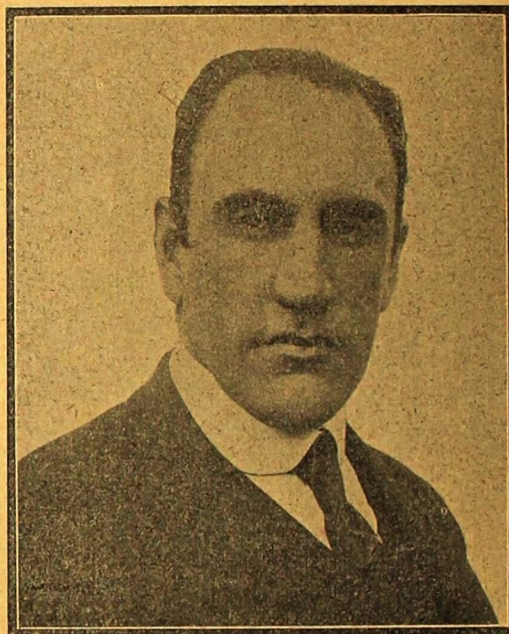
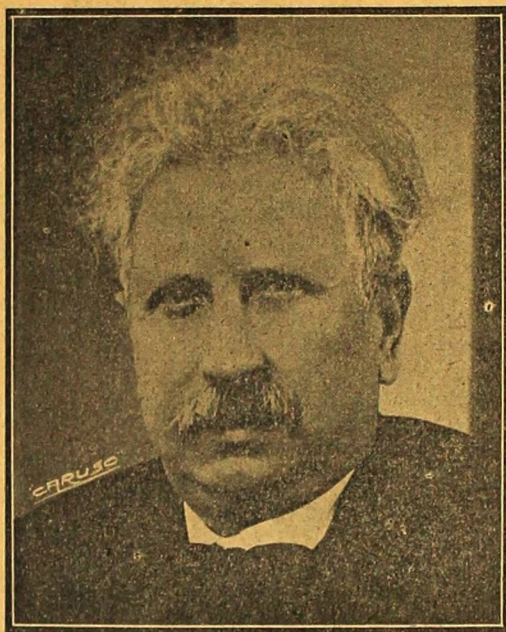
Revista Mensual

MONTEVIDEO 20 DE DICIEMBRE DE 1930

XX-99-2
AÑO II — NUMERO 14

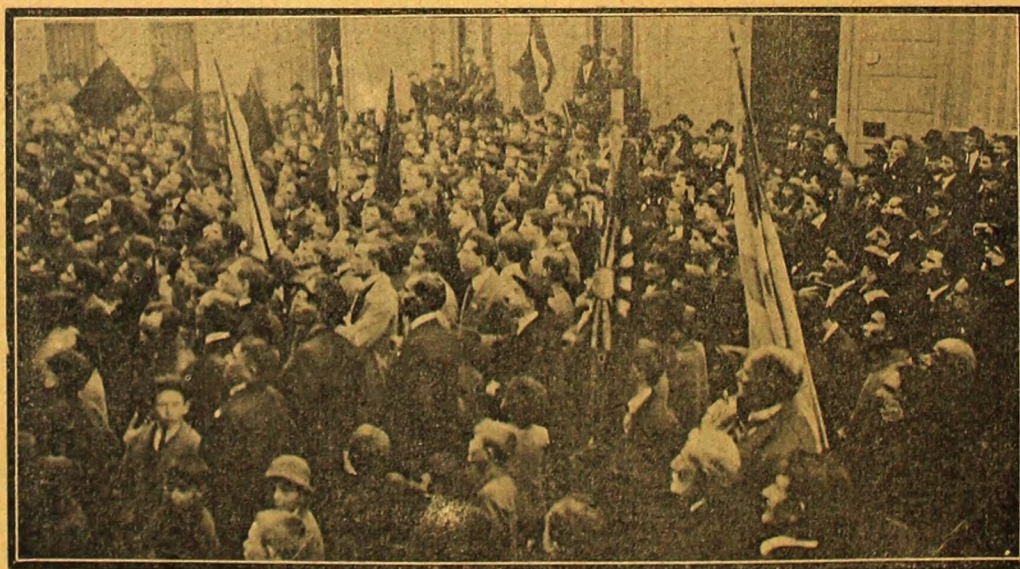
PRECIO \$ 0 10

LOS QUE GESTARON LA HERMOSA



Doctor Domingo Arena, Señor César Batlle Pacheco, Doctor Francisco Ghigliani, Doctor

PAYSANDU



La gran manifestación que acompañó al señor Batlle a su llegada a Paysandú hasta el Hotel París, desde cuyos balcones dirige la palabra

LA HERMOSA VICTORIA BATLLISTA



Baltasar Brum, que por igual lucharon afanosamente por el triunfo de nuestra ideología.



El doctor Gabriel Terra, candidato triunfante, y el doctor Francisco Ghigliani saludan al pueblo entusiasta que aclama la victoria frente a la casa periodística de "El Día" y "El Ideal".

BATLLE

Recuerdos, anécdotas, reflexiones, la muerte!

Por el doctor Domingo Arena

(Conclusión)

Repetí, respecto de Santa Anna, dos anécdotas curiosas. Una vez le había dicho: "Batlle: ¡temo que nos vayamos a pelear, si algún día llega a ser Presidente!" "¡No, le contestó, siempre que se contente con ser medio Presidente!" Cuando los quince días del provisorio de Cuestas, se le presentó en la casa, la primera mañana, con una larga tira de papel hecha con hojas de imprenta pegadas, en la que llevaba la lista de todos los puestos vacantes de la administración con los candidatos respectivos. Naturalmente Batlle, sonriendo, no tuvo más remedio que hacer una pelota con el extraño documento y arrojarlo al canasto, ante lo cual, Santa Anna, salió hecho una furia, sin siquiera despedirse. Para hacerlo volver, fué necesario que lo llamara por teléfono so pretexto de que necesitaba con urgencia su colaboración legislativa.

Si Santa Anna vive, Batlle lo hace su sucesor, a raíz de su primera presidencia, seguro de poner el país en grandes manos. Como era muy joven, y por consiguiente recién empezaba a ocupar altas posiciones, Batlle había concebido un plan, para hacerle adquirir rápidamente volumen, contando con el ce-

lo, la inteligencia y la probidad que pondría seguramente donde quiera que se le llevase. Empezaría por nombrarle Jefe Político de la Capital, y en cuanto se hubiese distinguido, lo llevaría al Ministerio de Gobierno, donde se haría el resto. Así, cuando llegara el momento de la elección presidencial, Santa Anna sería el candidato popular, no solo impuesto, sino aclamado. Y su actuación, quien sabe cuánto hubiese facilitado la marcha ascendente del país. Recuérdese que Batlle entendía, que con Santa Anna vivo, tal vez no hubiera habido guerra, dada la fuerte simpatía que irradiaba y el afecto que encontraba en las filas más adversas.

RECUERDOS DE SU PRIMER VIAJE A EUROPA

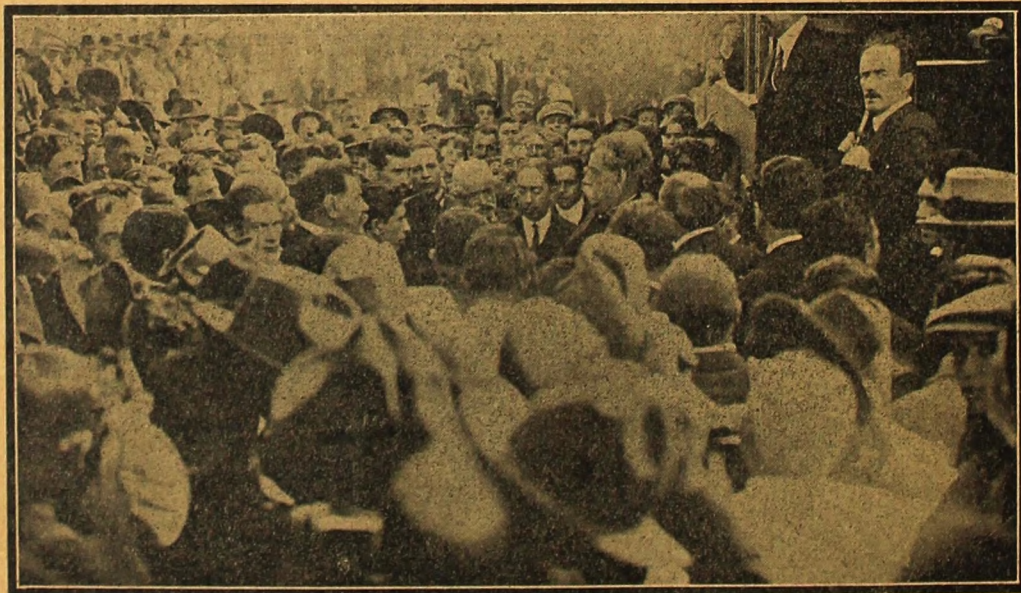
El gesto que más le envanecía

Una de las cosas que le gustaba recordar a Batlle, era su primera aventura de ultramar, o sea su viaje a Europa, de tercera, en plena juventud, en compañía de Lopez Lomba, sin más recursos que \$ 50 men-

suales, que le proporcionaba su padre el general don Lorenzo, recientemente arruinado en el ejercicio de la presidencia. Era realmente interesante oírle contar, cómo por el método impuesto por las circunstancias, acabó por organizar su vida parisien, consiguiendo disfrutar en una discreta bohemia, muchos de los encantos que ofrece el capital luminoso. De todo lo que no tenía precio, aprovechaba concienzudamente: paseos por los bosques, conferencias en La Sorbona, sesiones de las Cámaras, visitas a los museos, etc. Lo demás, se lo proporcionaba en la medida de lo posible, supliendo con carácter e inteligencia lo que faltaba en dinero. Concluyó por hacerse, en aquel medio, de una cultura exquisita, una vida agradable, que le resultaba muy doloroso abandonar. ¡Y sin embargo después de algunos meses de ensueño, comprendió que no había más remedio que despertar, porque su situación económica se volvía intolerable!

En esas circunstancias le llegó un mensaje, de su pariente el coronel Vázquez, ministro de Latorre, haciéndole saber que le había obtenido un puesto en nuestra legación en Francia con la dotación consiguiente. Aquello colmaba sus aspiraciones,

EN LA ESTACION 25 DE AGOSTO



El señor Batlle recibe los saludos de los correligionarios de la localidad a quienes agradece y estimula para las luchas triunfales del partido

le abría las puertas de la gloria. Pero la plata que se le ofrecía, provenía del tirano de su patria y aceptarla era superior a sus fuerzas. La rechazó, pues, sin vacilar, y con todo el dolor que importaba para su vigorosa juventud abandonar tanta maravilla, volvió a embarcarse de tercera y regresó a su tierra. Ese rasgo le pareció después y le seguía pareciendo mientras me lo contaba, el más fundamental de su vida moral, del que más se envanecía, porque fué cuando sacrificó más tentaciones al oscuro y silencioso cumplimiento del deber!

SU CONCEPTO DE UN CREADOR Y LA RAZON DE SU ANTICLERICALISMO

El misterio de la creación y de la vida

Hablábamos mucho, con frecuencia, del misterio de la creación y de las causas primeras, en el conocimiento de las cuales, según él, la Humanidad no había avanzado un paso desde que hablaron los grandes filósofos griegos. La vida era para él, sustancialmente incomprensible, algo así como un azaroso y estrecho puente tendido sobre el abismo insondable y entre dos misterios, el nacimiento y la muerte, que nos obligaban a atravesar a ciegas y sin ningún objetivo satisfactorio. ¿Surgíamos repentinamente de la nada, como lo creen algunos? ¿Procedíamos de otras vidas, siguiendo una peregrinación ascendente, como lo sostienen otros? ¿Vamos hacia la nada o hacia otras vidas mejores? Racionalmente no sabía por qué decidirse. Pero de una manera oscura, vagaba en el fondo de su espíritu, la idea de que él había vivido antes. Apuntaba que más de una vez, lugares que no había visitado nunca, le resultaban completamente familiares. Recordaba que en su infancia, una sirvienta de su casa, le había producido al verla por primera vez, un terror inconcebible, que no pudo dominar siempre que la tuvo cerca, como si le aportara la sombra de una tragedia lejana de la que hubie-

se perdido el recuerdo. A consecuencia de todo esto, no se atrevía a negar la supervivencia humana que tantos afirman. Todo puede ser, decía, en el infinito conjunto de las incomprensiones que nos rodean! Hacia notar, si, que era chocante, que los mentados espíritus de los muertos que se suponen comunicándose a veces con los vivos, con lo que se pretende probar la inmortalidad, nunca dijeran nada importante; pero no negaba que pudiera admitirse que les estuviera prohibido hacerlo, si el truco de la creación fuese el misterio y que hubiese que ver en sus manifestaciones, simples tenues rayos destinados a hacernos entrever el Más Allá. Hasta apuntaba un detalle emocionante: recordaba que una tarde, mientras paseaba por el jardín, llegó hasta él una magnífica mariposa, para posarse sobre su mano extendida, lo que le hizo acariciar la esperanza de que la extraña y romántica visita, pudiese ser un mensaje de su hija partida meses antes!

La armoniosa inmensidad del mundo lo desconcertaba. —¿Pensar, decía, que si se recorren en el espacio, miles y miles de leguas sembradas de astros, quedan todavía por recorrer miles y miles de leguas igualmente llenas de soles! — Ese prodigio, casi inconcebible, ¿puede ser obra de la casualidad? — ¿Cómo han podido surgir tantos millones de animales distintos y tan perfectamente organizados, tantas plantas, chicas y grandes, con formas tan precisas e inconfundibles? Su raciocinio simplista pero preciso, lo inclinaba a admitir la existencia de una fuerza creadora, todo poderosa y supremamente inteligente. Pero entonces se le ocurría observar que, por las apariencias al menos, el Creador, en vez de mostrarse como la suprema bondad en movimiento, aparecía como un diablo omnipotente empeñado en desconcertar a sus criaturas, confundiendo en las agustias de sus imperfecciones y con la tragedia constante de la lucha por la vida. ¿Por qué, pudiendo tanto, le dió tanta preponderancia al dolor? ¿Qué necesidad tenía de rodearnos de fieras y de animales ponzoñosos y de microbios asesinos? Y sobre todo, ¿por qué hacer aparecer con tanta frecuencia, la fiera en el hombre mismo? ¿Por qué ha hecho que no se pueda dar un paso, ni hacer un gesto, sin

destruir alguna cosa?, o por lo menos, ¿por qué, ya que sentía la necesidad de hacer de la vida la gran usina abastecedora de la muerte, no hizo de ésta una fuente de placer en vez de ser siempre la suprema manifestación del horror? ¿Por qué, por lo menos, no nos construyó mejor, librándonos de prosaísmos que nos empujaban y dotándonos de órganos más puros y mejor ubicados para satisfacer las supremas necesidades que nos impuso? Pero, como nada de lo que se ve se entiende, y todo puede ser distinto de lo que parece, Batlle admitía el sentimiento religioso, como manifestación superior abstracta, dirigida hacia lo desconocido.

Lo que no podía soportar era ninguna religión positiva, sobre todo la Católica, por creer que todas, y especialmente la última, sólo sirven para nublar la conciencia del pueblo, envenenándolo con prejuicios embrutecedores. Si se ensañaba especialmente con el catolicismo, era porque lo consideraba como el culto que había hecho más daño. La historia de la Inquisición, con su masacre de herejes y hechiceros, lo ponía fuera de sí. De ahí que malquiere tanto a los sacerdotes, aunque admitiese que los hubiese sinceros, detestando sobre todo a los que presumían de manga ancha, a quienes miraba como a los malos profesionales que abusan de sus consultorios. De ahí que consagrara buena parte de su tiempo, requerido por tantas cosas graves, para comentar la Biblia, ya que le parecía demasiado importante poner de relieve ante el pueblo, que el llamado libro santo, hace a cada rato la apología de la matanza, del incesto y de otros crímenes abominables. Tenía tal apego a su estudio — que deseaba difundir en folleto para la cultura popular — que los últimos artículos — unos diez o doce — los escribió en sus días postreros y todavía están inéditos. Para un tiempo remoto, que por desgracia no tuvo, pensaba hacer el estudio de Cristo a través de los Evangelios. Quería probar que sus principales ideas no le pertenecían; que su doctrina era más que conservadora, retrógrada, ya que proclamaba que las bienandanzas del cielo serían para los desamparados, lo que afirmaba sobre bases inmovibles la explotación capitalista; y que a su moral no había más remedio que considerarla absurda, al menos en cuanto soste-



ENVASE IDEAL

EL MEJOR HORMIGON
LO DARA SIEMPRE
EL MEJOR CEMENTO

UTILICE CEMENTO PORTLAND

ARTIGAS

COMPAÑIA URUGUAYA DE CEMENTO PORTLAND

PIEDRAS, 378

MONTEVIDEO



El señor Batlle y su señora esposa doña Matilde P. de Batlle y Ordóñez rodeados por las damas de Durazno, quienes con emoción ofrecen flores y palabras de cariño al despedirlos en la Estación

nía que al que da una bofetada hay que presentarle la otra mejilla, desde que lo sano habría sido aconsejar que el abofeteado, siempre que pudiera, contestara con dos bofetadas, aunque más no fuera para no fomentar la reincidencia! Llegaba hasta sostener que Cristo había sido un exhibicionista, desde que para sus plegarias, en vez de encaramarse a un monte para que lo vieran todos, pudo muy bien encerrarse en la discreción de una cueva o a lo menos de una cabaña

SOBRE LA QUEMA DE LOS REGISTROS Y LA SALVACION DE UN CONDENADO

Como en toda su larga actuación, era raro que Batlle hubiese abordado alguna cosa, sobre la cual antes o después no hubiese hablado conmigo, solía suceder a veces que yo le reclamaba la paternidad de alguna idea, que generalmente por hacer broma me la discutía. Dos de esas pequeñas emergencias fueron motivo de conversación en los últimos días.

La primera se refería a la quema de los viejos registros, impuesta por nosotros, para testimoniarle al país nuestra honradez cívica, y que si habíamos conservado el gobierno tan-

tos años, era en nombre de una legítima mayoría. Le recordaba que la idea nació de una carta que le dirigió Leal desde el Salto, en la que le afirmaba que la purificación de los registros regionales, era una tarea más difícil que hacerlos de nuevo. Aquello me sugirió instantáneamente la quema total, con ventajas para el Partido Colorado. La sugestión pareció extravagante. Tuve que empezar por convencerlo a él, y después entre los dos, tuvimos que imponernos la tarea de convencer a los otros. Pues bien: hoy ya nadie se acuerda, le decía, que me perteneció aquella iniciativa. A lo que Batlle me contestó sonriendo: "La culpa es suya. A fuerza de repetir que en política no hace más que lo que yo quiero, todos se lo han tomado al pie de la letra, inclusive yo. ¡Le ocurre a Vd. en el caso, lo que a los que escriben sin firma en los diarios, que no hacen más que acrecer el prestigio de los directores!"

La segunda se refería a la forma cómo se había salvado un pobre condenado a muerte, durante su primera presidencia.

Batlle llevado por humanitarismo, una de las primeras iniciativas trascendentes que tuvo en la primera magistratura, fué presentar el proyecto de la abolición de la pena capital. Redactó personalmente el mensaje, desarrollando la tesis, de que todo derramamiento de sangre

aviva la crueldad, y que en consecuencia, podría considerarse, todo ajusticiamiento, como una cátedra para formar asesinos! Pero el proyecto tardaba en sancionarse y Batlle temía, que de repente, se le ocurriese a la justicia, condenar a algún desgraciado, que él naturalmente no estaba dispuesto a ultimar, pues siempre fué su inquebrantable propósito, abandonar el gobierno antes que autorizar un fusilamiento. El temor se realizó y en los términos más desesperantes, pues al dictarse una pena de muerte, se estableció que el delincuente había procedido con alevosía, lo que quitaba al presidente la facultad del indulto. Como no se sentía capaz de desacatar la justicia, ni de cumplir su fallo, parecía que no le quedaba más camino que la renuncia. Pero de repente sobrevino una idea salvadora. Se pensó, que la suprema autoridad a quien se le discutía el sagrado derecho del indulto, en nombre de la existencia de una circunstancia agravante en el delito del condenado, tenía el perfecto derecho de considerar personalmente, con el expediente a la vista, si aquella estaba probada o no. Así se hizo con el asentimiento de todos, y habiendo considerado Batlle, que, en su concepto, la alevosía no estaba probada, decretó el indulto. Pero ¿de quién fué la inspiración? Yo siempre entendí que había sido mía. Batlle en

cambio pareció entender siempre que había sido suya. Sobre el punto, nunca nos pusimos de acuerdo, las muchas veces que lo tratamos. Pero lo que ninguno de los dos resistía, era que gracias a la colaboración de ambos, se asentó un principio y se salvó una vida! Y coincidencia emocionante: Veinte años después, cuando el salvado recobró la libertad, y buscó a Batlle para agradecerle su salvación, lo encontró a mi lado, en la puerta del Cabildo, saliendo del Consejo de Estado. El agradecido iba acompañado de Justino Zavala Muniz, entonces redactor de "El Día".

CIENCIA, GENEROSIDAD Y USURA

De repente, tratábamos esporádicamente materias diversas, en las cuales él ponía siempre un retoque personal, generalmente originalísimo. Los temas científicos le interesaban vivamente, ya que en la ciencia, aun dentro de la ignorancia fundamental en que la Naturaleza nos ha sumido, veía la gran fuerza creadora del progreso! El asuerismo lugaz que acuse en mis crónicas, se debió en gran parte a su influencia, pues lo aceptaba en principio, aunque más no fuera como arma contra el hermetismo demasiado inflexible, que advertía en los médicos. Lo hacía sonreír lo de quitarle importancia a los males curados por sugestión. ¿Acaso al enfermo le interesaba otra cosa que su cura, fuere cual fuere el método? Lo inteligente, pues, sería aceptar, lisa y llanamente, la acción de los sugestionadores, mientras fuera útil, al menos hasta que los médicos no aprendieran a sugestionar.

Teorizaba a veces sobre la generosidad y la tacañería. Veía en la primera una de las bellezas de la personalidad humana, pero no le gustaban todas sus formas. Le era casi intolerable la limosna, que le parecía siempre mezquina y no hacía más que envilecer al que la recibía. Para resolverse a dar, era preciso, pues, dar una cosa apreciable, de lo cual resultase algo útil: salvar de una verdadera necesidad, encaminar un hombre, etc. En cuanto a los tacaños, los consideraba como enfermos poco gratos que no se podían estimar, pero que tampoco había que fustigar demasiado. Debía tenerse presente, que sin una buena dosis de tacañería, difícilmente se amontona dinero, y que por consiguiente, mientras el capital sea un instrumento indispensable a la

marcha del mundo, hay que mirar a los estreñidos que lo forman, como órganos si se quiere inferiores, pero necesarios de la organización social. Sin contar que hay una forma de la tacañería, la que deriva hacia la usura, que siempre la había mirado con marcada benevolencia. Mientras los bancos sólo dan dinero a los que no lo necesitan, los que ejercen la usura suelen darlo a los que nada tienen, y por consiguiente a los realmente necesitados. Es verdad que cobran mucho, pero es igualmente cierto que generalmente arriesgan demasiado. Por su parte les estaba muy agradecido todavía, a algunos prestamistas de las épocas duras, que le cobraban el 10 o/o mensual. Gracias a ellos salvó dificultades graves, y más de una vez salió EL DIA que se había quedado sin papel. El género que Batlle no podía soportar, era el de los malos pagadores por temperamento, o sea los que no pagan por vicio aunque tengan con qué. Le parecían ladrones inferiores, que no corrían ni los peligros de la acción ni los riesgos de la justicia. Es que el cumplimiento de las obligaciones contraindicas le pareció siempre una cuestión de honor. Su lema fué pagar a toda costa, con cuantos recargos impusiera la demora. Lo probó cuando la quiebra del Banco Nacional, que lo sorprendió debiendo algunos miles de pesos. Pudo saldarlos con grandes rebajas, como lo hicieron los pocos que pagaron. El, no obstante encontrarse apuradísimo, hizo cuestión fundamental de pagarlo todo, inclusive los intereses, y solo pidió plazos para poder realizar la magna empresa. Sobre el Banco Nacional recordaba un episodio interesante. Un día en que estaba sin recursos, se le venció una obligación y el gerente se negaba a renovarla, con la amenaza del protesto y sus consecuencias. Batlle, que no tenía medios de salir del paso, y que sentía horror por una posible demanda, pasó momentos de indescriptible angustia, que lo hicieron sudar a mares. Por suerte se acordó de Don José María Muñoz, presidente del Banco, que lo sacó del apuro inmediatamente. Poco después vino el derrumbe de la institución, y el descubrimiento de los escándalos consiguientes. Entre los comprometidos apareció el gerente que había hecho sudar a Batlle. Naturalmente, éste, desde EL DIA, hizo sudar a aquél con más abundancia. Lo trató sin injusticia pero con implacabilidad. ¡Fué una de las tantas veces que enmendó la moral cristiana!

LA IDEOLOGIA DE "EL DIA"

Conceptos sobre el periodismo

Como era de esperarse, Batlle no podía haber olvidado a su diario en sus últimas conversaciones, desde que se trataba de una de sus obras más importantes. Es claro que desde el primer momento, acarició la esperanza de hacer una gran empresa. Le recordaba cómo en los principios difíciles, cuando la vida nos era muy dura, él vaticinaba grandes éxitos futuros, que habrían de ser sobrepasados con creces, y que entonces parecían ensueños de un delirante. Pero el objetivo principal que tuvo en vista, fué crear una fuerza moral que contribuyera a la regeneración del país. Durante los primeros meses de la primera época de EL DIA, no se pudo pensar más que en los sacrificios, desde que en cualquier momento, la situación se podría resolver por la cárcel, el destierro, o la misma muerte. Mas pronto se puso de manifiesto que, aunque las circunstancias económicas exigían otra cosa, lo que daba la nota predominante, era la ideología.

El diario había alcanzado una situación próspera. Era cuando a raíz de la conciliación, predominaban en el ambiente las ideas constitucionalistas. Un día se le ocurrió a Batlle, que era necesario cambiar radicalmente de rumbo y hacer una política francamente colorada. Aquella fué la iniciación del derrumbe. Cada artículo colorado, provocaba una becatombe de suscriptores. ¡Pero los artículos siguieron, porque se creyeron el deber del momento! Y así se llegó hasta la necesidad de cerrar el diario, por falta de apoyo, lo que se dijo categóricamente en un último artículo. Más adelante casi se reproduce la situación durante la dictadura de Cuestas. EL DIA fué, como se recordará, el principal campeón de aquella. Pero durante su funcionamiento, peculiaridades de carácter del gobernante, lo hicieron impopular. En esas circunstancias, por acuerdo de los partidos, se proclamó la candidatura presidencial del dictador. Batlle, que la creía justa, que había sido uno de sus gestores, la lanzó en EL DIA con un retrato del interesado, al pie del cual se le proclamaba como candidato de la gratitud nacional. El efecto fué funesto para la circulación del diario. La venta bajaba de a cientos de números por día, pero el retrato con su leyenda seguía en su puesto. La situación se puso tan grave, que hubo que reducir el formato del diario. La prensa

AVISO

Solicitamos de los señores subscriptores *protectores de esta Revista* que, de no recibir con regularidad nuestros envíos se sirvan informarnos.

La Administración.

DURAZNO



El señor Batlle acompañado del general Galarza, dirige la palabra a los manifestantes de Durazno

enemiga empezó a llamarlo "El medio Día". Pero su dueño impertérrito lo hubiese llevado hasta la misma noche, en lo que creía el cumplimiento de su deber!

Es que para él, un diario de ideas, era un órgano de lucha permanente, para tratar de imponer las que creía buenas. En vez de acatar prejuicios populares, y halagarlos para prosperar, debía pugnar por destruirlos sin medir consecuencias. Más que limitarse a buscar prosélitos, debía hacérselos, difundiendo sus principios. De ahí la lucha constante de EL DÍA contra el fanatismo religioso, y contra las ridiculeces monárquicas y contra los enemigos de los monopolios de estado, y contra todo, en fin, lo que creía injusto, sin preocuparse del descontento que pudiera producir entre católicos, monárquicos y conservadores. El éxito de EL DÍA, no obstante la inflexibilidad de su propaganda, prueba que el ejercicio de una estricta moral periodística, es el mejor medio de conquistar el favor popular. Recordaba que más de una vez se le había reprochado de violento, lo que le parecía profundamente injusto. La natural tendencia de su espíritu era la placidez, y su mayor deseo hubiese sido vivir en un medio de justos, en el que hubiese sido innecesaria la lucha por el bien. Pero la vida es imperfecta, y cuando se

predica en la prensa, con el fin de orientar a la opinión, no hay más remedio que calificar como se deben las imperfecciones que se advierten. E inmediatamente surgen los obstáculos, que no se pueden vencer sin sacrificios, y en la brega hay que esforzarse para no dejarse vencer, porque periodista vencido es periodista muerto!

De ahí que considerase, que no había estado en lo cierto yo, cuando en un momento de tribulación, por una de sus polémicas acerbadas hubiese dicho: "¡Este hombre es como los pararrayos, que solo vive en las tormentas, atrapando rayos!", porque él no tenía la culpa de que toda su vida pública se hubiese desarrollado en una constante tormenta y que los rayos cayesen sin cesar a su alrededor!

ALGUNOS EPISODIOS DE LOS DIAS DUROS

De los innumerables incidentes periodísticos tenidos durante su azarosa vida, gustaba recordar algunos.

Una vez, el diario de Santos inventó a su respecto una patraña: dijo que había concurrido a la Casa de Gobierno con determinado objeto palaciego. En el acto desautorizó con energía la estúpida versión,

pero sus adversarios se ratificaron en la especie abundando en detalles. Y así durante dos o tres días. Al fin Batlle viendo que no podía hacer callar a los mentirosos, resolvió cambiar de táctica, y se fué a la imprenta enemiga, dispuesto a dar una lección de veracidad a golpes. Se metió dentro de aquella, la recorrió de extremo a extremo, pero no encontró a nadie. Para no perder el viaje, la emprendió con los útiles, desparramando por el piso muchas cajas de letras y destruyendo los diarios preparados para la correspondencia.

Empezó una vez a pontificar, desde las columnas del diario de Santos, un señor Leopoldo López Vago, que pasaba por matón, y que se había importado de exprofeso para acallar a los periodistas independientes. El hombre se puso a la obra, y empezó a amargarle la vida a mucha gente decente. Batlle consideró que debía detener al aventurero, y le escribió un breve expresivo suelto, con el título de "Un rastacuer..." El aludido contestó, que consultado el diccionario, no había encontrado el significado de la palabra que se presentaba como ofensiva, por lo cual no la tomaba en cuenta. Le replicó Batlle con otro suelto en que le expresaba cuál era el sentido que él le atribuía, y le endilgó en un largo párrafo de varios

centímetros, todos los epítetos más denigrantes que se le ocurrieron. López Vago se calló, y entonces Batlle cerró la breve polémica con un último suelto titulado Una destapada, en el cual se limitó a decir, que había salido al encuentro de un Don Leopoldo, y se había encontrado con una doña Leopoldina! Naturalmente, se le apagaron los fuegos al espada-chín, y sus empresarios se apresuraron a darle el pasaporte!

En cierto momento el diario san-rista se desbocó en términos tales, que Batlle consideró deberle mandar los padrinos. El nunca fué partidario del duelo. Se limitó a aceptarlo, como una bárbara necesidad impuesta por la costumbre. Pero en la lucha tremenda que había empeñado contra el santismo, se creía obligado a llegar a todos los extremos, inclusive el de batirse a cualquier arma, con cualquier testaferrero que le pusieran por delante. Uno de los padrinos en la emergencia fué Mateo Magariños Veira. Al buscar éste y su compañero al responsable del artículo ofensivo, se le puso por delante, como se preveía, a uno de los matones más desacreditados y más temibles con que se creía contar. Pero cuando éste fué llamado a cuentas, y empezó a conocer las graves condiciones en que había de realizarse el lance, empezó a vacilar. Tan lo hizo, que Magariños indignado, le dijo: "¡Lo que hay es que Vd. tiene miedo!". Y tan debía ser así, que el duelo no se realizó. ¡Por culpa del matón, naturalmente!

Otro episodio tragicómico que también recordaba Batlle. Al otro día del tiro de Ortiz, sabiendo que se le buscaba para encarcelarlo, trató de ponerse a buen recaudo, y tomando un coche en el centro con Patricio Meneses, se dirigieron para la Aguada. Cuando se aproximaban a la casa que habían escogido como refugio, Batlle vió en una esquina al comisario de la sección, y completamente distraído, sacó la cabeza por la portezuela, para hacerle un gran saludo. Naturalmente la distracción le valió, que momentos después, estuviese encerrado en el calabido, desde donde recomendó a Juan Pedro Castro, que había quedado al frente de EL DIA, que recrudesciese en la propaganda antisantista, sin preocuparse de las consecuencias.

HAY QUE CONFIAR

REFLEXIVAMENTE

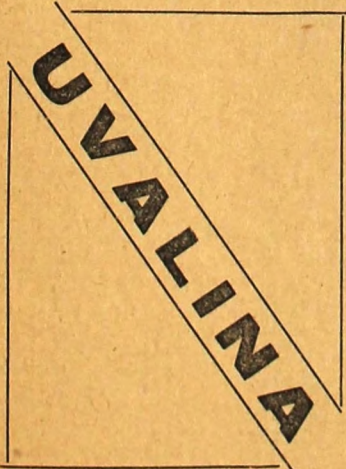
Cuando los amigos de Batlle se persuadieron de que la intervención quirúrgica se hacía inminente, empezaron algunos—los que no lo conocían bastante—a insinuarle que debía provocar una consulta. Nadie, ciertamente, ponía reparos a la ciencia de su médico, pero recordaban aquello de que cuatro ojos ven más que dos. Pero Batlle se mostró irreductible. Surraco, me decía, es

una autoridad. Me ha asistido con una generosidad y una dedicación ejemplares. Está haciendo por mí todo lo que le dice su ciencia y su experiencia. No seré yo quien le de el disgusto de darle muestras de la menor desconfianza, máxime desde que se la tengo completa. Iré, pues, donde me lleve, suceda lo que suceda, sin pensar en otro concurso.

Llevado por su tendencia a generalizar, agregaba que se debía confiar totalmente en los hombres que demuestran inequívocamente su lealtad, pues cualquier reticencia puede resultar una ingratitud intolerable. Lo que hay, es que para confiarse así, hay que hacerlo con mucho tino, y no demasiadas veces. Por su parte no había abusado y había tratado de discernir muy bien antes de confiarse y sería por eso que no tenía motivos para arrepentirse. En su segunda presidencia se puso por completo en manos de Dufrechou. Bajo diversos conceptos se había entregado siempre a mí. Económicamente le estaba ahora a Barrandeguy, como antes lo estuvo a Don Fermín Silveira, columna miliar de EL DIA en las épocas difíciles, como antes todavía lo estuvo a un señor González, especie de santo de color, que llegó hasta volcar en las exhaustas cajas de EL DIA una pequeña lotería que le diera la suerte, y cuya abnegación sirvió más tarde de sostén a algunos de sus hijos poco afortunados.

UVALINA

JUGO DE UVAS



EL MEJOR TONICO NATURAL

Carlo Sapelli y Hno.

VARICES

Se tratan fácilmente

con el uso de las

Medias y Vendas Elásticas

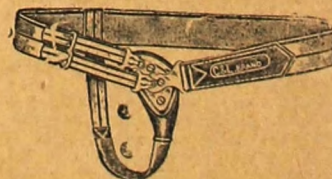


INVAR

FAJAS Y CORSES

Para vestir y todo defecto abdominal. Pida Catálogos gratis o visítenos

HERNIADOS



REDUCCION PERFECTA

garantida y desaparición total.

sin dolor ni molestia con mis

Reductores Científicos Invar.

Consultas, pruebas y ensayos

I. Pañella Porta

Soriano 811

GRATIS.
Tlf. 1700 Central.

LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS PARA EL INGRESO AL HOSPITAL

Su instalación en aquél

Resuelta definitivamente la operación, solo se esperaba para proceder, que la temperatura se dulcificase. Me incomodaba que se fuera a aquella, precisamente cuando la enfermedad había cedido. Lo que me parecía tolerable y hasta necesario en los momentos de crisis, ya no me gustaba tanto en frío. Hasta se me ocurría que lo inteligente era ganar tiempo. Pero Batlle se negaba haciendo un gesto de displancia. Ya que había que pasar el mal rato, cuanto más antes mejor. Sobre todo cuando se sabía que el respiro que fuera a dar el mal iba a ser corto. Además alentado por su hombra, yo había incurrido en el atolondramiento de decirle, que su dolencia podía degenerar con el tiempo. Con toda razón, por consiguiente, cuando le aconsejaba la espera, me preguntaba con leve ironía, si tenía empeño en que se iniciase la degeneración...

Un día, casi inesperadamente, se determinó que el 18 de setiembre, se instalara en el Hospital Italiano. Me inquietó que se hubiera dispuesto que tomara digitalina. ¿Es que no estaba bien del corazón? El no lo sospechaba siquiera y yo no tenía referencias concretas. Batlle contaba, al contrario, que un gran especialista, que lo había examinado en Europa, en su último viaje, le había asegurado que podía dormir tranquilo "sur les deux oreilles", repetía textualmente. Recordaba también, que una vez, Ricaldoni, a raíz de una alarma, después de un examen atento, lo había abrazado con emoción, diciéndole que no tenía nada grave. Pero ambos recuerdos eran lejanos. Porque Surraco, cuando estaba por intervenir, me subrayó que se trataba de un caso serio, entre otras razones, porque el enfermo tenía un corazón viejo, y que si se decidía a intervenir al fin, era porque se lo exigía Batlle, y el mal empezaba a no dar alce. Agregaba, es cierto, que era frecuente que los enfermos que iban a aquella operación, impuesta casi siempre por razones de edad, por lo general tienen en el corazón alguna cosa. ¿No acababa de salir de la prueba el señor Tabárez, cuyo corazón estaba tan mal, que según su gráfica expresión, parecía una calandraca?

El 18 por la noche, después de la cena frugal de costumbre, sin ningún aspavento, sin introducir el menor orden en sus cosas de uso frecuente, despidiéndose de la familia, como para un paseo, Batlle tomó el auto con rumbo al hospital. Lo acompañaban su hijo Rafael y, y Mendieta. Dominados por su serenidad, íbamos sin preocupación aparente, hablando de trivialidades. Cuando enfrentamos a la capillita de Maroñas, sobre Cuchilla Grande, Batlle le dijo jovialmente a su hijo: "¡Este Arena, es a ratos tan absurdo, que es capaz de haberle pedido a esa virgen que me ayude!" — Me

había adivinado parcialmente el pensamiento, porque, precisamente, en ese instante, lo estaba recomendando mentalmente a mi pobre mujer, que es la santa de mi devoción!

Entramos al hospital por la puerta chica que da al bulevar. Nos recibieron el señor Andreoni, la hermana Evelina y un par de enfermeros. Batlle saludó amablemente como si llegara de visita. Se le condujo a la pieza que se le había destinado, y en medio de ella permaneció un rato de pie, dirigiendo a las paredes blancas, a la cama, y a los escasos enseres que la alhajaban, la atenta y tranquila mirada circular que debió haber destinado a la celda en que alguna vez, por sus prédicas, lo encerrarán. Después se sentó, cambió con los que tenía a su alrededor algunas palabras de cortesía, y al cabo de algunos momentos anunció que quería acostarse. Lo que significaba que deseaba quedar solo, porque para él, quitarse las ropas, era una intimidad que no admitía testigos.

Antes de dejarlo me creí en el caso de recordarle, que aunque me disponía a destinarle los días enteros mientras estuviese allí, de noche no debía contar conmigo. A lo que me contestó con la característica medida que ponía en sus relaciones afectivas: "¡Pero cómo puede ocurrírsele que yo tenga semejante pretensión! A mí me parecerá suficiente el tiempo que buenamente pueda dedicarme. — ¡Debería saber ya, que no exijo, ni siquiera me gustan, sacrificios en mis amigos!"

LA INTERVENCION Y LAS ESPERANZAS QUE LA SIGUIERON

Batlle con sus amigos en el hospital

Como hacía tiempo que se le estaba preparando, los prolegómenos de la operación dentro del hospital fueron breves. No duraron más que 24 horas, durante las cuales lo examinaron atentamente, los doctores Bordoní Posse, Galeano y Artuccio, encontrándolo al parecer bien, desde que no hicieron ninguna contraindicación. El 20 por la mañana, día señalado porque era el de Setiembre, ante la expectativa de sus hijos y allegados, se realizó la operación. Como era fácil, un simple paso preparatorio realizado por un maestro, duró un instante. Cuando se le volvió a su cuarto, y sobre todo después de los datos satisfactorios que recogiera Surraco en el examen directo del mal, nos dejamos invadir por el más franco de los optimismos. Al verle reaccionar tan rápidamente — a las pocas horas ya era dueño de sí y conversaba con naturalidad — yo empecé a pensar y decir que sacarle la próstata a aquel coloso, sería como sacarle una muela a un hombre corriente. — ¡Su formidable aspecto me engañó hasta el fin, como el árbol centenario robusto y lozano, que recién cuando lo abate la borrasca se ve que está herido en el corazón!

A la mañana siguiente a la intervención, ya lo encontré incorpora-

do en su cama articulada, con buen semblante. Había pasado una noche tolerable y se disponía a conversar. Se acordó que debíamos anunciar en nuestros diarios lo acaecido, pues no se le escapaba la expectativa del pueblo sobre su estado. Me pidió que redactara un suelto laconico. Lo hice y lo rehice, y no le pareció suficientemente sobrio. Hizo un ademán para tomarme el lápiz y escribir él. Como me resistiera, transó dictándome las dos líneas escuetas con que dimos cuenta del éxito de la operación. Me hizo notar que debíamos ser parcos en el optimismo informativo, desde que nadie podía garantizar que de repente las cosas no pudieran descomponerse. Esto, por lo demás, me lo repitió con frecuencia, hasta el fin. Cuando leía el suelto de EL DÍA, en el que todas las mañanas se anunciaba que iba cada vez mejor, hacía con frecuencia un gesto de marcado disgusto.

Desde el primer momento hizo entrar en la pieza a los amigos con quienes mantenía trato habitual, conversando tal vez más de lo debido. Es claro que nunca permitió que nadie le diera la mano. No lo había consentido nunca sano, y estando en cama enfermo, mucho menos, pues al revés de lo que sucede generalmente, se creía en el caso de extremar su pulcritud. Fué su preocupación constante, no ofrecer ninguno de los aspectos desagradables fruto de las circunstancias. De manera que cuando sentía la necesidad de algo que pudiera presentar aquel carácter, aunque fuera en la forma más leve, cuidaba de quedarse solo, y para alcanzarlo, buscaba rodeos que no rozaran el motivo: o el aire estaba viciado, o deseaba quedarse a oscuras, u otra excusa equivalente. Y cuando volvía a llamar, aunque fuese al más íntimo, era necesario que entendiese que el ambiente estaba saneado, y si fuese posible con un vago perfume grato. Aparte de las hermanas, de los practicantes y de los enfermeros, se hizo en el hospital de dos amistades nuevas, la del señor Andreoni, a quien había tratado poco y cuya intimidad fué un recreo para su espíritu, hablándome de él como de un caballero del renacimiento italiano trasplantado a nuestro medio con todas sus virtudes, y la del doctor Bordoní Posse, que le satisfacía totalmente tanto por su saber como por su trato, al punto de querer hacer de él, para él y los suyos, el sustituto del irremplazable Ricaldoni.

LA PREOCUPACION POR LOS ENFERMOS

Pensando en mejoras morales y materiales

Dado como era a razonar sobre todo lo que se producía a su alrededor y a buscar derivaciones que pudieran aprovechar al gran número, empezó a hablarme, desde el primer momento, de los esfuerzos que habría que hacer para humanizar la vida hospitalaria, que si era dura para él, que estaba entre los privilegiados, se imaginaba cuánto debía

serlo para los del montón anónimo, que son los habitantes naturales de las casas de asistencia. Anotaba lo útil que le era su cama articulada que le permitía incorporarse sin esfuerzo, y hasta cambiar la posición de las piernas, y consideraba que aquéllas debieran ser de uso frecuente, para librar a muchos desgraciados de las torturas de la inmovilidad. Para que pudieran ensayarse, se había provisto de tres, que dejaba al hospital como recuerdo de su paso. Una se la destinó a su amigo el doctor Tiscornia que estaba en trance de necesidad. Entendía además, que con un poco de dedicación, podrían inventarse muchos pequeños dispositivos, que facilitarían las principales funciones de los que están más o menos imposibilitados por culpa de su enfermedad. ¡Si se hace tanto para rodear de confort a la salud, se debería hacer lo mismo, y sin duda más, para llevar un poco de comodidad a los que están enfermos! Temía que éstos — lo había dicho siempre y lo repetía de nuevo — no fueran tratados con toda la fraternidad que fuera deseable. Admitía que se les diese todo lo necesario, que fuesen científicamente atendidos, pero tal vez se echara de menos cierta cordialidad en el trato, que debería sustituir en lo posible, el ausente calor familiar. Se le ocurría, reeditando lo que había pensado siempre, que tal vez no fuese suficientemente respetada la personalidad de los desvalidos, y hasta llegaba a admitir, que fuera necesario reglamentar mejor la función de las clínicas, para que las imperiosas necesidades de la enseñanza no contrarían la tranquilidad ni el mismo recato de los enfermos. Ya ha de ser suficientemente ingrato, decía, verse transformado en material de experiencia para el bien del prójimo, pero la situación ha de volverse intolerable si no se procede con suavidad y hasta con cortesía, y si no se cuida muy mucho que palabras que puedan llevar la desesperanza, lleguen hasta el paciente, casi siempre todo oídos!

SU RELACION CON LAS

HERMANAS

Respectuosas exposiciones anti-religiosas

Sus relaciones con las religiosas, sobre todo con la hermana Evelina, que era la que estaba más a su alcance, fueron cordialísimas, perfectas. Aquellas eran damas, y ello bastaba para que contaran con todo su respeto y su mayor consideración. Porque con las mujeres, fuere cual fuere su condición, fué siempre de una finura extrema: las pocas que llegaban hasta él, eran recibidas y ceremoniadas, aunque sobriamente, con la distinción con que lo habría hecho un caballero de los tiempos galantes. Dentro de esas normas, pues, las hermanas nunca le sor-

prendieron un mal gesto, un movimiento de mal humor, y hasta cuidaba de disimularles sufrimientos, para no producirles malestar. Acataba sin protesta sus prescripciones... siempre que no considerase indispensable no hacerlo. A un tranquilo y respetuoso desacato asistí yo. La hermana invocaba su deber; él se esmeró en tomar leche y Batlle entendía que no debía tomarla: estaba seguro que le iba a hacer daño, dijera lo que dijera el médico que no estaba dentro de él para juzgar del malestar que en aquel momento podía provocarle cualquier alimento. Se trabó una lucha serena pero obstinada. La hermana tenía la consigna de hecho. Durante más de una hora la hermana lo abordó vaso en mano y él se resistió enérgicamente. A las cansadas, para no parecer grosero, tomó el vaso, se lo llevó a los labios pero no tomó. Aquello amenazaba no tener término, hasta que intervine yo, que conocía al paciente, para hacerle comprender a la excelente señora, que habiendo dicho aquel que no, como consecuencia de una meditada deliberación, solo un milagro podía hacerlo cambiar de propósito. Y como el milagro no se produjo, la leche no se tomó!

Batlle sentía mucha simpatía por la hermana Evelina. La encontraba inteligente, bondadosa y agraciada. Veía tal vez en ella, una excelente madre de familia fracasada por culpa de su religión, y ello aumentaba si fuere posible, su encono anti-religioso. ¿Que aquella había tenido una vocación irresistible al cuidado de enfermos? Pero, ¿acaso los deberes familiares eran incompatibles con aquellos generosos sentimientos? Este estado de espíritu, lo llevaba a ratos, a hablarla con una gran discreción, en la que ni por asomo pudiese aparecer la falta de respeto, de los errores de que estaban plagados los dogmas que ella obedecía. Le detallaba las barrabasadas más descolantes de la Biblia. Le contaba con color, porque los tenía frescos, muchos autos de fe, presididos por mitrados, en los que habían sido quemados vivos millares y millares de hombres y mujeres, so pretexto de ser hechiceros o estar hechizados. ¿No conocía ella, acaso, las enormidades, las verdaderas locuras que constituían las vidas de muchos santos? Pues para que se enterase y meditase, iba a tener el gusto de regalarle el libro clásico en que se hace la historia de todos ellos. Por otra parte, ella que restañaba a diario tanto dolor, que veía ante sus ojos el interminable desfile de los torturados ¿cómo podía admitir el dios todo piadoso de que habla su religión? Y todas estas cosas y otras más del mismo género, las decía Batlle tan suavemente, tan finamente, que la hermana, sin admitirlas y hasta contradiciéndolas, no acertaba a incomodarse, ni a desprenderse de su bondadosa sonrisa. Tan debió catalogarlo, dentro de su criterio, como un buen pecador, culto y espiritual, que cuando sobrevino inesperadamente su muerte, lo lloró con verdadero desconsuelo, y más tarde, en compañía de su superiora, fué a rezarle, de cuerpo presente, en el Palacio Legislativo, sus últimas devociones.

REFLEXIONES SOBRE MEDICOS Y ENFERMOS

Los médicos y los enfermeros fueron, como se comprende, una de las preocupaciones de Batlle, durante sus días de hospital. No cesaba de hacerle justicia a Surraco, que le había sacrificado tanto tiempo con tanto desinterés. Pero, en su escenario de hospital, seco de expresión, tado, lo encontraba demasiado die-
envuelto en su túnica y enguantado — y se puede decir lo mismo tatorial. Le parecía que mandaba imperiosamente, y tal vez lamentase, sin decirlo, que las circunstancias lo pusiesen en el caso de obedecer sin chistar. ¡Tal vez lo amargara el sentirse un poco prisionero! Llevado por su inclinación a abordar temas generales, lamentaba que en el país y en el mundo hubiese pocos médicos. Desde que la salud es tan esencial, y aquellos, a pesar de todo lo malo que se diga de ellos, es evidente que ayudan a conservarla, previniendo unas veces y curando otras, el ideal sería que hubiese muchos más de los que hay, para que estuviesen al alcance de cuantos los necesitan. Con el fin de que el médico pudiera asistir mejor, sería conveniente que tuviese solo un número limitado de enfermos, para que los pudiera observar atentamente, y no se perdiese alguna vez en la madeja de las sintomatías distintas que forzosamente se ha de formar a su alrededor. Es verdad que ello tendría el inconveniente de hacer de la medicina una profesión poco lucrativa, pero que tuvieran paciencia los interesados, si había de quedar servido el interés público. Al fin una carrera que da gratis el Estado — y se puede decir lo mismo de todas — no tendría por qué ser una fuente de rápido enriquecimiento.

Sobre los enfermeros se detenía con verdadera complacencia. Hacía notar con dolor, que para ellos, los menos remunerados, estaban reservadas las tareas más ingratas. ¡La ley del embudo, en materia económica, predominando siempre! Señalaba que algunos de ellos, los veteranos, completaban la tarea de los médicos y a veces los sustitúan. Y sin embargo, la gloria, la recompensa y los honores se reservaban exclusivamente para aquellos. Repetía a su respecto lo que le había inspirado siempre la observación atenta del personal obrero. Hacía notar que se trataba de gente bien plantada, simpática, presentando, algunos, signos de marcada distinción. Se mostraban inteligentes y educados. Eran, en fin, gente que, sustancialmente, en nada difería de nosotros y que con un poco de cultura habrían sido sin duda nuestros iguales. ¡Quién sabe si más de uno de ellos no se hubiese liberado, al llegar a tiempo la enseñanza gratuita en Liceos y Facultades que nosotros hemos puesto en boga! Lo irritaba, pues, profundamente el desnivel en que los mantenía la defectuosa organización social, y a guisa de desagravio, como si se sintiese en algo responsable, los trataba lo mejor que podía, no haciendo la menor diferencia entre ellos, Mendieta y uno mismo.

EL PRIMER SINCOPE ¡Fué un supremo éxtasis!

A los diez o doce días de la intervención, Batlle estaba al parecer tan mejorado, que se dispuso que empezara a levantarse. Me di el gusto de verlo cómodamente instalado en un sillón, frente a la mesita que se le había dispuesto, preparándose a almorzar. La comida le iba sistemáticamente de su casa, de acuerdo con el menú que él formulaba a lápiz, mañana y tarde, dentro de lo autorizado por los médicos. Tuve la tentación de coparticipar de su sobrio almuerzo, pero me objetó que no tenía el derecho de tomarle una parte de lo poco de que disponía. Naturalmente bromeaba, porque por desgracia, no se había librado todavía de la inapetencia en que había caído. Ese atardecer o a lo sumo al siguiente, dejé de verlo, no recuerdo por qué, convencido de que su estado permitía algunas ausencias. Al otro día por la mañana, en el mejor estado de espíritu, fui a verlo como de costumbre, y antes de entrar a su cuarto, el doctor Pacheco, su pariente, me dió una novedad tan inesperada como aterradora. La vispera, repentinamente, estando solo con Mendieta, mientras intentaba cambiar de postura en la cama, se había desvanecido. Advertido en el acto, corrió hasta él, y lo encontró inmóvil y sin pulso. Sin perder un segundo, buscó lo necesario para hacer la inyección estimulante que se imponía. Pero cuando estuvo junto al paciente, disponiéndose a proceder, aquel abrió los ojos y dominando instantáneamente la situación, lo detuvo con un gesto imperioso, que no admitió réplica, diciéndole: "¡A mí no se me hace nada!" — Y no se le pudo hacer nada! El formidable hombre había reaccionado de por sí, en un instante, armado de todo su indomable carácter!

Lo encontré con bastante fatiga pero sereno de espíritu. Le estaba impedido hablar, pero no fué posible impedirle que me contara lo que le había sucedido. Según los médicos, el percance se debió a un exceso de movimiento. ¡Y no le advirtieron que no debía moverse! — Los médicos, agregó, dentro de su vieja tesis, olvidan de hacer a los enfermos indicaciones indispensables, distraídos por su exceso de trabajo. Me garantía, que si era cierto lo que le dije-

ron, no había peligro de que el accidente se repitiese, pues se disponía a inmovilizarse todo lo que fuera preciso. Después, con una alegría interior que le iluminaba el rostro y lo llevaba al arrobamiento, empezó a describirme el síncope. — ¡No podía imaginarme nada más suave, más dulce, más arrebatador! ¡Era como un lento hundimiento, en el supremo éxtasis! Si alguien se hubiese interpuesto, para sacarlo de aquel estado, lo hubiese apartado con energía. ¡Llegar a la muerte así sería una delicia!

EN PLENA REACCION

La vuelta a sus preocupaciones constantes. — Ensimismado en el dolor del ambiente

Tuvo a todos inquietos un par de días, pero empezó a erguirse tan gallardamente que se llegó a creer, los técnicos inclusive, que había pasado todo peligro inminente. Por su parte, como no se movía, no pensaba en la posible repetición del síncope, y hablaba, sin duda con exceso. Por haberlo querido contener, arrancándole algún amigo en plena plática, se me puso serio, acusándome con cierto desdén, de que me hubiese pasado a los médicos! Además tosía con demasiada frecuencia y a veces violentamente. No le pude convencer de que aquello podía ser el peor de los movimientos. Es que sostenía que era indispensable mantener limpias las vías respiratorias, y cuando creía tener determinada flemilla, que ubicaba de una manera precisa, no cejaba hasta arrancarla. Es claro que para facilitar la tarea, hacía con excesiva frecuencia, sus clásicas profundas aplicaciones de mentol.

Pronto pareció normalizado totalmente. Los médicos concluyeron por tranquilizarse. Los íntimos, que habían espaciado sus visitas, las hicieron tan frecuentes como antes. Se empezó a hablar de nuevo corrientemente, a veces en rueda. Tema preferente, la política. Entonces fué que Batlle volvió a subrayar que era imprescindible hacerle comprender a los nacionalistas, que sin Corte Neutral no habría elecciones. También siguió sosteniendo que no se

debía ir a aquellas, si no se garantía mejor la autenticidad del voto, porque tenía la obsesión de que los adversarios hacían votar muchos supuestos, con credenciales ajenas, contando con la impericia de algunos de nuestros delegados y las deficiencias del retrato de perfil para justificar el parecido. La noticia de que se habían roto las gestiones de acuerdo colorado le produjo hasta alivio físico. ¡Al fin acababa lo que no debía haber empezado nunca y que solo se tradujo en pérdida de tiempo! Y recomendaba con insistencia que se hiciera avanzar la ley de jubilaciones generales, que desde el punto de vista del momento económico, le parecía la ley de las leyes. Nada más justo, decía, que asegurarle la vejez a los que han trabajado toda la vida, sin salir de la pobreza. Argüía que el proyecto batllista presentado en la Cámara, en cuya confección había trabajado personalmente mucho, en colaboración con Martínez Trueba, era bastante satisfactorio. Si me encontrase con brios para estudiar a fondo la ardua cuestión, me pediría que me encargase personalmente de su defensa. Aunque en el fondo tuviese la preocupación de su estado — trataba todavía de no moverse y le ponía mal gesto a los sueltos de EL DIA que lo daban muy bien — se cuidaba como de costumbre de cuestiones ajenas que le interesaban afectivamente. Con frecuencia preguntaba si se había arreglado la situación de la viuda de un suicida amigo. Era raro el día que no se interesara por la marcha del doctor Tiscornia, que estaba también en el sanatorio. Se empeñó en que el doctor Bordoni me examinase y en cuanto supo que me encontraba bien me hizo anticipar la nueva por su hijo César. Cuando volví a su lado, después de felicitarle con un gesto de marcada satisfacción, me instó con empeño a que no abandonase un método curativo que había notado que me hacía mucho bien. Lo que hará que en el porvenir, mi excelente amigo May no tenga que seguirme reprochando el abandono del tratamiento crónico, a que cree que debo estar sometido.

En los últimos días, Batlle que no tenía más perspectiva para su mirada, que un limitado patio que alcanzaba desde su cama, sentía la

SEÑORA:

Al hacer el pedido a sus Almaceneros, no olvide los paquetitos de GALLETA MOLIDA.

"LA PROVEEDORA"

No contiene SAL ni acritud, es higiénica, completamente SECA y bien MOLIDA.

Vitale Hermanos

Casa fundada en el año 1893

Teléf. Las Dos Compañías.

Fábrica y Escritorio:

PEDERNAL 1841

CONCURRA A LAS FERIAS LIBRES Y
MERCADOS DEL REDUCTO Y AGRICOLA
A LOS PUESTOS DE VENTA DE

Esteban Luciano

MENUDENCIAS DE TODAS CLASES COMO SER:

Sesos, Riñones, Patitas, Hígados
etc.

obsesión de la silenciosa tristeza en que aquel permanentemente estaba sumido. ¡Qué ambiente tan simple y a la vez tan desolante! se decía, sin desviar la vista durante largos ratos. Tal vez imaginase aquel estrecho espacio cuadrangular, apenas animado por una palmera, como un receptáculo de angustias invisibles, emanadas de los cientos de sufrientes que poblaban la gran casa! A fuerza de fijar la atención, se diría que intentase separar e individualizar diversos sufrimientos y dolores, flotantes e impalpables. De vez en cuando aparecían en los altos corredores circundantes, figuras lánguidas de escuálidos sujetos, todavía enfermos, vagamente dibujados en sus túnicas blancas y que parecían las figuras apropiadas, puestas por un artista melancólico, para completar el cuadro de una naturaleza casi muerta! ¿En qué pensaban aquellos infelices, qué ideas los atormentaban? Y se le ocurría, de seguro, que tal vez estuviesen labrados por el punzante malestar del preso desvalido, en visperas de su libertad, que sabe ha de llevarlo irremediablemente al más completo desamparo!

LAS ULTIMAS PALABRAS

El fin

En los últimos días de hospital, Batlle parecía que estaba completamente mejorado. Llamaba la atención que no recobrase rápidamente fuerzas, como se esperaba de su recio organismo, pero ello se atribuía al ambiente y se esperaba que todo pasase en cuanto estuviese en su casa. Como ésta quedaba distante, se buscaba una céntrica, donde pudiera ser más fácilmente atendido por su médico. Este y los que habían colaborado con él en los últimos días, se mostraban optimistas. Al episodio cardíaco lo daban por terminado. Hasta parecía que no había por qué tomarlo en cuenta para la segunda intervención, que habría de realizarse transcurridos algunos meses.

Así llegó la mañana del 20 de octubre, que nadie soñaba que había de ser tan funesta. Estuve junto a Batlle a las once en punto, ¡lo encontré tan bien que lo felicité por su aspecto! Tosía, es cierto, bastante y se aplicaba mentol, pero era lo frecuente. Estaban con él el doctor Pacheco y Barrandeguy. Este último le llevaba la noticia de que había tomado un lindo departamento en el Parque Hotel, y en consecuencia se

comenzó a planear la mudanza para el día siguiente. Empezamos a hacer bromas sobre la vida agradable que haríamos en el nuevo domicilio, y hasta lo amenacé con instalarme también, tentado por el confort. Un rato después nos quedamos solos y empezamos a hablar seriamente. Me pidió novedades. Le contesté que solo había leído EL DIA que él había visto también. Me arguyó que ciertas secciones del diario le parecían descuidadas, y convinimos que pronto podríamos remediar muchos detalles, escribiendo yo sobre los temas que conversáramos, como habíamos hecho tantas veces. Se lamentó que la espera del segundo tiempo operatorio le impusiera varios meses de inactividad, pero se resarciría después en cuanto lo restaurasen razonablemente. Saltando sobre diversos temas, le hablé de la excelente impresión que había producido la última batalla municipal de César, lo que le iluminó el rostro en una amplia sonrisa, como si saborease en silencio el placer de sentirse dignamente continuado. No recuerdo cómo ni por qué, aludí a la actuación parlamentaria de su sobrino Luis, subrayándole que se estaba destacando tanto por su inteligencia, como por su dedicación y energía. Me contestó muy complacido que aquello era natural y lo había esperado. Tanto aquel como sus hermanos, me dijo, salen al padre: "el pobre Luis era muy inteligente"—"Y además muy bueno"—le repliqué.—"Recuerde que Irureta Goyena le llamaba el santo fracasado!" La referencia lo hizo sonreír de nuevo con placida tristeza.

Eran alrededor de las doce. Yo nunca, absolutamente nunca, salía de allí antes de la una. Ese día, la Providencia — que ya me señaló, acordándome el triste privilegio de recoger la última palabra de Batlle, y volvió a señalarme, singularmente, más tarde, deteniendo el féretro en el memorable cortejo fúnebre, precisamente debajo de los balcones del doctor Lago, donde lo esperaba para la última despedida — ese día, repito, tejiendo una complicada madeja de coincidencias, me obligó a dejar el Hospital mucho antes de lo acostumbrado, con el deliberado propósito, sin duda, de que no asistiese al trágico derrumbe de la Montaña! Interrumpí bruscamente casi absurdamente la conversación, para decirle que lo iba a dejar a aquella inusitada hora, porque habíamos convenido con mi hermano ir a la ópera rusa, para festejar su mejoría. Abrazándolo en un gesto habitual, como si lo hiciese con una columna inmovible, agregué: "Pe-

ro antes de ir al teatro, lo vendremos a ver". A lo que me contestó dirigiéndome su última cariñosa mirada: "¡A condición de que no me despierten si me encuentran dormido!". Al entornar la puerta para salir, sentí su último golpe de tos.

Diez minutos después estaba en casa de mi hermano y me sentaba a la mesa alegremente. No había probado bocado, cuando sonó el teléfono. Me anunciaban que Batlle no estaba bien y que se requería mi presencia. ¡Un helado escalofrío me recorrió el cuerpo! En un instante estuve en el Hospital. El recibimiento del doctor Stajano me anunció ya algo terrible. El resto me lo dijeron sin hablarme, Marcos Batlle, desolado, cadavérico, y el pobre moreno Mendieta, que agobiado junto a la puerta, ya mortuoria, era la obscura imagen de la desolación! Me desplomé sollozante en los primeros brazos que me acogieron. ¡Batlle había muerto! ¡Se lo había llevado un segundo síncope! ¡La sensación suave, dulce, voluptuosa del anterior, que él habría defendido si la hubiese visto en peligro! ¡Había tenido la muerte deseada, ¡a sin duda merecida, la que en su insobrepajable altruismo, anhelara para todos los vivientes como justificación del Creador!

¡Así se fué Batlle, el hombre más bueno, más justo, más abnegado, más probo, más fuerte que he conocido; una de las texturas morales más finas que ha producido la humanidad; sin duda uno de esos raros seres de alta excepción, que la Naturaleza, para probar su genio, funde, con paréntesis seculares, rompiendo el molde en seguída! ¿Por qué la irreparable catástrofe no me tiene infinitamente desolado? ¿Porque no me acostumbro a sentirlo muerto, tal vez porque no esté realmente muerto, sin duda porque siento demasiado vivamente que el inmenso valor intrínseco que fué su vida, no podrá perderse jamás, por haberse incorporado, total y definitivamente, al alma colectiva de un gran partido!

Montevideo, octubre 1930



A NUESTROS SUBSCRIPTORES

Les hacemos saber que el importe de la subscripción deberá ser abonado por adelantado.

PRECIOS

Por un año	\$ 2.00
Por seis meses	" 1.00

La Administración.

SUMARIO =

- La victoria colorada y el triunfo batllista. — Editorial.
- Un reportaje a Batlle, en Italia. — Por Juan José Soiza Rilly.
- Reportajes preelectorales. —
- Qué me transfuguen nomás. — Por el doctor Francisco Ghigliani.
- Cultura Batllista. — Por el señor Julio V. Iturbide.
- Las carreteras significan Velocidad, Economía, Ahorro de tiempo, Construcción del carácter, Prosperidad y Progreso.
- Quienes nos alientan y quienes nos indignan.
- El Ejecutivo Colegiado. — Por Francisco Simón.
- El innovador — José Batlle y Ordoñez. — Por Folco Testena.
- La causa de la derrota aplastante sufrida por el Empresismo. — Por el señor Benito Nardone.
- Factores de triunfo. — Por el señor Jorge Silva y Varela.
- Sobre la vida y acción de Batlle. — Por el Doctor Roberto B. Giudici.
- Dios es batllista. — Mirador.
- Batlle. — Por el doctor Domingo Arena.
- Garibaldi en el Uruguay.
- El último bohemio. — Por J. López Núñez.
- Los humildes. — Por Carmen Sylva.
- El buque fantasma.
- Hombres estancados. — Por Zozaya.
- El obrero. — Por J. E. Rodó.
- Se nos fué Batlle, poesía. — Por Manuel H. Lacruz.
- Inspiración. — Por W. Giralt Lamas.
- Temas de avicultura.
- Tablada del Norte.
- Acción cultural de las uvas, etc., etc.
- Numerosos grabados.

Envíe sus colaboraciones, a nuestra Redacción, URUGUAY 1767

SUSCRIPCION:

Por un semestre \$ 1.00
 Por un año " 2.00